

Sucedió mañana

LOS DE SIEMPRE

POZUELO

VAN culeando» pensó con la bella, olvidada palabra de Francisco Delicado. Bajaba, a pasitos menudos, la cuesta de la gran calle comercial, con las manos a la espalda, y parecía ensimismado, pero no era verdad; no estaba en sí mismo, sino en ellas mismas. Enellasmismo. «Benditos sean Lee, Jesus, Levi-Strauss y todos los demás, qué cosas han inventado para mi vejez, para cuando ya no me queda más que la vista.» A veces le parecía notar como un tironcillo que le daba la ilusión de que quedaba algo más que la vista, pero no era más que un reflejo nerviso. Pequeño, pulcro, con los antiguos zapatos brillantes abullonados por las deformidades de los pies, bien cepillado el traje oscuro que servía para todo. Asumía con gozo su condición de viejo verde, pero prefería la expresión francesa: «un vieux marcheur». Hay que caminar para sacar todo el partido posible a la observación. El viejo verde estático, repachingado en el sillón de mimbres de la puerta del casino, se pierde la mitad del espectáculo: ¡más de la mitad! La belleza de la cuestión está en seguir y seguir tras la elegida, como un cazador invisible; ver como coordina todos sus movimientos. Las sacudidas de cabeza, la mano suelta y ágil que atufa el peinado, el giro rápido para sortear los peatones torpes, el parón repentino por la mesmerización de un escaparate, y la puesta en marcha después con un impulso hacia delante. La emoción de acomodar la velocidad del pasito de viejo varicoso y reumático a las zancadas alegres de la bicha —la béstula, que decía Venancio Fortunato—; esperar a la salida de una tienda, entrar con ella en los grandes almacenes, verla meter la mano en las medias para comprobar su color, o probarse boinitas de distintos colores frente al espejo; comprobar los dos perfiles de la cara, el frente, los pechos y saber ya como corresponde lo anterior a lo posterior; ser capaz de verlo simultáneamente, como en cuadro de Picasso. Ver, lenta y cuidadosa, la mano del tocón que desciende, y el respingo de ella. Ver, ver, ver: camina de

nuevo, se estudian sus imperfecciones, sus pequeños defectos; se piensa cómo se la podría educar. Pero, cuidado, nada de imaginación. Los que «desnudan con la mirada», los que suponen movimientos, obscenidad caricias o gemidos ensucian la caza pura, no son dignos de ser verdaderos mirones. Hay que seguir y seguir, hasta que llega el momento sublime: cuando uno se hace visible. Adelantarse unos pasos, pararse, mirar, dejar pasar, volver otra vez; colocarse cerca, tras el escaparate, para ser entrevistado en ese espejo oscuro. La béstula nota algo, pierde la naturalidad, sus movimientos se mudan; siente la repugnancia por el viejo verde, mezclada por el halago de la admiración ajena. Se llevará con más frecuencia la mano al pelo, adelantará el paso, mira al bies, se inquieta. Entonces es el momento justo de abandonarla. Hay que esperar que pase otra que lo merezca; cambiar. Quizá unas bermudas rojas y unas medias color humo, tal vez una falda con una larga apertura sobre unas piernas desnudas. Hay, ostensi-

blemente, que dar la vuelta, dejar la antigua —que lo note, que se sienta abandonada, olvidada, dejada por la otra— y empezar a seguir a la nueva. Abandonar es el objeto de esta comedia, de este juego: lo maravilloso. ¡Qué bien lo sabía Don Juan! ¡Cuántas penas, trabajos, sobornos, escalos, duelos, mimos, seducciones, promesas, mentiras, para llegar a poder abandonar! Y qué ignorantes —o qué fríos, o qué insensibles— los que suponen que Don Juan quería poseer y poseer, cuando lo que quería era abandonar y abandonar...

—Eres un machista —le recrimina la Condesa cuando se lo cuenta.

Había bajado las grandes calles hasta llegar al paseo —pájaros en los viejos árboles piando de miedo, como cada día, al ver llegar la noche—, hasta llegar al salón de té. Los muchachos en la puerta pedían con su hucha, «para los patriotas detenidos»: un pescocón cariñoso a la muchacha de la boina roja, una sonrisa de estímulo al chico —¿no es el hijo de los X...?— pero ni un duro. Los duros están difíciles ahora. La gran mesa estaba dispuesta pero sólo había llegado la Condesa, como siempre; los dos se adelantaban un poco, los demás se retrasaban para dejarles solos un rato.

—Prueba un mordisquito —dijo ella—, no te hará daño.

Lo mordisqueó como un pecado delicioso. La diabetes sólo le dejaba beber —a pequeños sorbos, paladeando— el té sin azúcar.

—Está delicioso —comentó, como siempre—.

Ella le dijo al oído, como si hiciera falta el misterio:

—He dicho que le manden dos docenas al Teniente Coronel. Hoy mismo va a salir un envío.

—Ten cuidado. Te expones mucho. Y gastas demasiado en él.

—¡Nos lo devolverá con creces!

Contó su paseo. Fue entonces cuando ella dijo:

—¡Eres un machista!

Un piropo. Que iba a ser él, pobre residuo, pobre vestigio. Pero a la condesa se le habían iluminado los ojillos: con los recuerdos mutuos. Fueron un día ojos grandes y rasgados, estos que ahora eran cabezas de alfiler negro entre blandas bolsas lividas de sangre parada; y hubo un



cuello largo y erguido donde ésta doble papada. Pasan por él ahora los pastelillos que caen al fondo lóbrego del cuerpo informe, y ella los va comentando:

-A éste de limón le falta esencia, está soso... ¡Y la crema del éclair de chocolate, ya no saben batirla! Eso hay que hacerlo a brazo, cariño, a brazo... Mirarla, espesa, sin aire dentro. ¿Y quién es capaz hoy de hacer un verdadero Saint Honoré? La nata es un recuerdo imposible... ¡Cómo ha caído todo!

Cree, en el fondo, sin formularse lo siquiera, que el Teniente Coronel podría conseguir que los pasteles fueran como antes, que en las cocinas vertieran el agua del té justo en el momento de romper a hervir, sin dejarla pasar; que se sirviera el azúcar molida y en azucareros, y no en terroncillos tasados. ¡Cómo ha caído todo!

Van llegando, ya, las otras. El es el único hombre; a cada una se levanta, retira y luego acerca la silla predestinada desde tantos años atrás, le dice las palabras apropiadas. Con alguna puede dejar rozar su mano -manchas amarillas, piel transparente sobre huesos y venas- en el enorme brazo, que un día... Llega la beata para quien ya no hay más hombre que San Nicolás de Bari ni más carne que la costilla de Santa Gemma Galgani que guardan los pasionistas; la solterona, amanerada y retenida, suspirante y coqueta; la que fue falangista -con Pilar, la querida y desvalda Pilar- y a veces se pone un lacito rojo y negro junto al otro rojo y gualda; la gran madre que se preocupa por todos -no comas tanto, que luego te quejas de los quilos; si acabas de tirar el cigarrillo, mujer, deja un poco de tiempo antes de encender otro; ¿y tus riñones, como van?; me han hablado de un acupuntor que hace maravillas- y la que eligió, desde niña -porque fue niña- el lenguaje popular -hija, «amos, venga», «que te lo has creído»- que ahora es tan viejo ya como ella misma. Llega, ahogada, la última, la que vive más cerca:

-He tenido que dejar la casa sola... Fíjate que a la doncella le ha dado porque tenía que salir hoy, en medio de la semana...

-Y gracias al paro, porque sino no tendríamos servicio.

-Eso sí, porque ahora se te ofrecen solas... Pero fíjate que gente; no saben ni hacer una cama como Dios manda.

-Dios no manda hacer camas -corrige la beata-.

-Ni deshacerlas -dixé él, pícaro.

-¡Se están dando una vida! El marido, cobrando del paro. Y ellas, a cada paso, dándose de baja y acudiendo a la Seguridad Social, que da las medicinas gratis. Todo de nuestros impuestos.

-Se ha confundido la justicia social con la caridad -explica la falangista-. Y abusan. Claro que ya les han subido lo que tienen que pagar por los medicamentos, para que no haya abusos.

El explica que lo irán subiendo paulatinamente. Esboza una teoría:

-Poco a poco, deberán a llegar el verdadero valor de lo que consumen. Y si hay un ministro inteligente -las damas ríen ante lo disparatado de esa eventualidad- haría que las pagaran más caras de lo que cuestan; después de todo, se están beneficiando de la seguridad social. Y eso restablecería los presupuestos...

Solo a la Condesa le parece que hay algo de ironía: ¡son tantos años! Pero la conversación se corta. Se ha quedado como sin vías. Pero la monárquica que adora la corte recuerda que tenía algo grave que decir, y se acalora ya antes de empezar; sólo el recuerdo le ha soltado la adrenalina:

-¡No vayáis a ver la película de Luis! ¡Mira que un marqués haciendo de marqués!

-Es como una que yo vi -interviene la beata- en la que un cura de verdad hacía de cura. Se lo dije a mi confesor, para que él lo hiciera llegar al obispo -imita la voz con que hablaba al confesor- «Mire usted, padre, que si consagra, consagra de verdad; y que si casa, casa de verdad. Hay que cortar eso tan atroz. Que hagan de curas el Marsillach ese, o el Fernán Gómez, que son los que siempre lo han hecho, y que no tienen las manos ungidas».

-Y si un verdadero marqués hace de marqués, marquesa de verdad -dice al oído de la Condesa el viejecillo-

-Pero son rojillos -dice la falangista- y yo, la verdad, prefiero que los



LOS DE SIEMPRE



papeles de cura los haga un cura que no un cómico, que Dios sabe que ha tocado antes de alzar...

-Hija, pues mira que lo de las misas de televisión, que ahora resulta que no valen...

-¡Nunca han valido! Hay que estar allí, en el templo, con las rodillas bien hincadas, recibiendo la Gracia... Pero no me dirás que la Gracia puede llegar por la antena...

-Pues peor; es que hacían la misma de los domingos los viernes, la grababan los viernes; pero con el evangelio del domingo, la casulla del domingo...

¡Era una farsa, y verdaderos sacerdotes se prestaban a ello!

-¿Y por qué hacían esa barbaridad?

-Por lo mismo que lo de «La clave», porque las cosas que se hacen en día de fiesta tienen que pagar horas extraordinarias. Que la gente se ha disparatado...

El gran tema: el de la gente que se ha disparatado. Surgen los casos: el portero que tampoco trabaja los domingos, por el convenio, y hay que poner portero automático; el chófer que no quiere salir por la noche y no le importa nada que el señor vea ya mal para conducir, no como antes,

que estaban siempre tan atentos a todo lo que podía pasar; los camareros que tiran el servicio sobre la mesa, en lugar de depositarlo. Todas tienen algo que decir, se atropellan, se les sale el éclair por la boca para añadir un dato, una anécdota; la del chico del censo que no quiere rellenar los papeles, la del mendigo que tira una peseta a la cara diciendo que eso es muy poco («y me han dicho que ganan diez mil al día; que drogan niños para que estén dormidos en brazos, que roban flores de los cementerios para venderlas en las esquinas que tienen colchones rellenos de billetes, que esperan con navajas por la noche a los que no les dan nada, que tienen un jefe misterioso, que entregan fondos al Grapo, que...»). Y de ahí se va a que no hay autoridad, que si la hubiera no pasaría eso. Una ha visto el escaparate de una papelería donde el dueño había puesto un cartel donde decía: «Luna rota por robo democrático» -que qué ingenioso-, obra sabe mucho de puertas reventadas, y la que ha dejado la casa sola se asusta («Si no hubiera salido la doncella por lo menos, gritaría...»).

Falta, falta la autoridad...

-Pero yo creo que, pronto...

Las voces se bajan. No vaya a ser que los camareros («Hija, mujer, si lleva qui toda la vida, que le conozco de cuando entró, y nos conoce a todas...»). «Sí, sí, fíate; acuérdate de la guerra, que criados que habían entrado de niños en las casas, y que comían de la mano de sus amos, les denunciaban y les paseaban; que la gente baja es la gente baja...».

La del lacito rojo y negro insinúa:

-Hay muchas cosas, pero vale más no contarlas... En realidad, ya están todos asustados, ya están todos blandos. Lo importante es que no

haya resistencia, que la gente bien comprenda que va a ser mejor para todos. Veréis...

La conversación se hace susurro. Salen nombres de los que todos conocen, enseguida, el apellido y dónde están. Se cuentan conversaciones, fechas, preparativos. Lástima que se puede hablar más...

El se va primero. Es lo de siempre. Las deja un rato para que puedan hablar de él, de sus maridos, de cosas de mujeres...

Ya ha oscurecido. Antes, a estas horas, se veían murciélagos en torno a los faroles de gas. Aunque todo cambiase, ya no volverán los murciélagos de antaño. Y le daban su fisonomía a Madrid... La primera que pasa va con el novio. Son agradables de ver: todos sus movimientos cambian cuando van pegados al machito tonto y derretido. Pero hay que tener cuidado: una vez ya le insultaron y le amenazaron («Si no fuera por su edad, viejo cochino...»). Esta que pasa sola: la etiqueta de piel del Lee, a la derecha, baja y se levanta, baja y se levanta... Va por su camino. Y él acomoda los pasitos cortos. Lástima que la luz sea ya tan baja. Una camisetita ceñida, una melena larga... ■ P. Ilustraciones de Cerviño.